

Diversidad, hegemonía y movimientos sociales en Argentina

En las últimas décadas, gracias al desarrollo de las nuevas tecnologías de comunicación, de la transnacionalización de las empresas y de los movimientos migratorios que responden a las modalidades de producción económica, las sociedades han modificado no sólo su forma de vincularse sino también, la de representarse. La cultura se ha visto influenciada por prácticas sociales que le eran ajenas, transformando el modo de concebir el mundo y sus representaciones.

El proceso de globalización, que significaba una aparente participación e inclusión de aquellas sociedades excluidas del mercado mundial, demostró que esa concepción y modo de ser en el mundo, derivaba de los valores que subyacen en la globalización neoliberal conformado por un esquema de comportamiento, que es el “modo burgués de ser en el mundo”, como diría Max Weber.

La Argentina creció mirando al norte, sobre todo hacia Europa, le costó (y aún le cuesta) apropiarse de su pertenencia latina. Con textos como “Civilización o Barbarie” de Domingo F. Sarmiento, la generación del 80 intentó centrar la dicotomía entre lo europeo y lo gauchesco, cuestión que se modificó en el festejo del Centenario de 1910 donde el gaucho era lo genuinamente nacional, representado por el Martín Fierro, de José Hernández, frente a la invasión de inmigrantes europeos.

Marcela Gabioud

Master en Relaciones Económicas Internacionales, Lic. en Ciencias de la Comunicación. Docente Universitaria. Especialista en género y comunicación. Redactora de la publicación “Partir del Fondo” del Fondo de Pequeños Proyectos, CREAS.

mgabioud@gmail.com

Abstract: *The author presents her vision of cultural diversity and hegemony with in the social and cultural reality of Argentina, a country which for years centered its vision on being European rejecting its local reality. The new social movements developing challenge the hegemonic understanding offering an interesting vision of cultural diversity.*



Será por eso que la penetración cultural hegemónica, de la mano del mercado de consumo, no tuvo mayores obstáculos para sentar sus bases aquí. En amplios sectores de la sociedad no se cuestionó esta nueva colonización, sino más bien se la valoró porque representaba la ilusión de formar parte de un supuesto “primer mundo”. Mientras tanto, se fueron conformando otros grupos, como los movimientos sociales, que no estaban de acuerdo con esa transformación del orden cultural y que comenzaron a revalorizar lo autóctono.

¿Qué es la diversidad cultural?

La Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural¹ establece en su artículo 2º: “En nuestras sociedades cada vez más diversificadas, resulta indispensable garantizar una interacción armoniosa y una voluntad de convivir de personas y grupos con identidades culturales a un tiempo plurales, variadas y dinámicas. Las políticas que favorecen la integración y la participación de todos los ciudadanos garantizan la cohesión social, la vitalidad de la sociedad civil y la paz. Definido de esta manera, el pluralismo cultural constituye la respuesta política al hecho de la diversidad cultural. Inseparable de un contexto democrático, el pluralismo cultural es propicio para los intercambios culturales y el desarrollo de las capacidades creadoras que alimentan la vida pública.”

Según la socióloga Susana Velleggia “la diversidad implica la comprensión de la cultura del otro basada en el conocimiento, así como la admisión del conflicto que ella encierra por constituir el producto de una desigualdad impuesta a determinados sujetos cuya participación será real y no ficticia, en tanto puedan intervenir de manera igualitaria en la toma de decisiones.” Esta definición permite pensar que existen sujetos sociales, personas o movimientos, que para aceptar al otro es necesario conocerlo y reconocer que pueda existir una desigualdad. Sin embargo, estos sujetos pueden buscar la forma de cambiar la situación de esas desigualdades y, sobre todo, hacer valer la necesidad de participar en la vida ciudadana accediendo a la toma de decisiones a partir del pluralismo en la información y la comunicación. Intentar refutar el colonialismo cultural o la hegemonía de unas culturas sobre otras, excede lo estético y lo artístico, parte de una concepción simbólica de lo real y de la forma de constituir la propia identidad.

Diversidad, refiere a lo diferente entre unos y otros. El intercambio cultural, como menciona la Declaración, significa que coexisten partes que aceptan una interacción que, a sabiendas o no, puede modificar su modo de concebir el

1 *Velleggia, Susana.* (2007) “Las políticas culturales ante el desafío de la diversidad cultural”. Paper presentado en el II Congreso Argentino de Cultura, Mar del Plata.

mundo. Allí es donde el desarrollo incesante de la comunicación y su “invasión” en todos y cada uno de los hogares ha comenzado a sobresalir. Porque lo que queda expuesto es que el intercambio es desigual frente a las posibilidades de reproducir bienes culturales.

De esta manera, las culturas que conforman un país se ven modificadas y reaccionan de acuerdo al modo en que concibe su propia realidad. Un ejemplo de esto es el surgimiento de movimientos sociales que buscan sentar sus prácticas y modos de asociarse a partir de objetivos compartidos. Así ha sido el caso en Argentina, donde a partir de la crisis del 2001, surgieron muchas organizaciones y movimientos de base que representaban a sectores que no encontraban espacios para sus reclamos. Fue un momento de ruptura social y cultural.

Un primer ejemplo fueron las Asambleas Barriales, que se congregaban según su pertenencia geográfica, con un tipo de organización horizontal, donde los temas principales que se trataban daban cuenta de la realidad diaria. Recordemos que la crisis del 2001 tuvo una raigambre económica a partir del “corralito” financiero y donde los principales afectados fueron aquellos que operaban en el sistema bancario, ya sea a través de depósitos, cuentas corrientes o cobraban haberes.

Esto significó que la mayor parte de quienes reaccionaron frente a la crisis fueron las “clases medias”. Sin embargo, movimientos como el de los piqueteros eran el resultado de políticas económicas devastadoras para una parte “invisible” de la sociedad, la clase trabajadora empobrecida. Desde la década de los noventa se venía produciendo un vaciamiento de la industria, expulsando a miles de trabajadores y trabajadoras a las calles despojados de todo resguardo social, con un Estado ausente debido a las políticas neoliberales aplicadas en la región.

Por un lado, había un mundo globalizado que empujaba al consumo como modo de vincularse culturalmente y donde la diversidad era algo simpático y aparentaba una aceptación del otro distinto, por el otro lado un mundo fragmentado donde sólo aquellos que podían pagar accedían a ese nuevo mundo al alcance de pocos. El resto lo miraba por televisión.

Hegemonía cultural vs localismo social

Existen diversas cuestiones que quedaron expuestas en el proceso globalizador, por un lado, que las culturas nacen a partir de un mestizaje de distintas culturas que se van reproduciendo, mezclando y entrelazando en cada generación.

Pero también, que este proceso es bastante más histórico que lo que se cree, ya que responde al sistema de producción de la economía capitalista que necesita buscar nuevos mercados donde colocar su producción. En esa búsqueda, la cultura de los países también representa un mercado más, donde el intercambio es a partir de representaciones simbólicas de lo real para darle significado al mundo y una coherencia con la globalización. De esta manera, queda claro cómo es que un producto hecho en los mercados asiáticos, se distribuye en el resto del mundo con una imagen universalista que supone representar a todas las personas que lo conforman, borrando las diferencias étnicas, raciales, lingüísticas, en definitiva, culturales.

La “macdonalización” del mundo responde a las necesidades del mercado de colocar su producción y homogeneizar, de ese modo, las diferentes culturas para su consumo cultural. La “aldea global made in USA” ha configurado a escala mundial un “modelo global de modernización”, y un esquema de valores y comportamientos que en lo cultural se expresa en la cultura light, caracterizada por la falta de compromiso y la necesidad de evasión y entretenimiento superficial. “Al igual que las actividades de las multinacionales en los demás campos ‘nos dice Roa Bastos’, el poder cultural (barbarismo semántico que denota su filiación depredatoria) erige sus imperios, sobrepasando o atravesando como si fueran humo las fronteras y las barreras políticas y sirviéndose a menudo de ellas. En este sentido y en la similitud de sus fines ‘conquista de mercados, lucro y dominio económico y político’ los modelos ya clásicos de la Coca Cola o de la venta de armamentos pueden dar aproximadamente una idea de la modalidad operativa de las multinacionales en tanto que poder cultural”. Sin embargo, este proceso que por un lado resulta homogeneizador, ha dado como resultado la revalorización de lo local. Tal es el caso del surgimiento en los últimos años, de las cuestiones indigenistas, la enseñanza de lenguas nativas en universidades nacionales, la apertura de espacios para prácticas sociales a partir de la música como los corsos o carnavales, la resignificación del 12 de octubre, la mayor asistencia a eventos gauchescos y bailes tradicionales argentinos, etc.

Movimientos sociales y nuevas configuraciones

En Argentina existen diferentes y muy variados grupos sociales que se fueron conformando a lo largo de estos 8 años de post-crisis. Muchos de ellos, como el movimiento Barrios de Pie o Libres del Sur se transformaron en espacios políticos desde donde militar y representar a un sector de la sociedad que ya no encontraba representantes en los partidos tradicionales. Estos dos casos tienen hoy representantes políticos que luchan por espacios de poder en elecciones y funcionarios en algunas estructuras gubernamentales. Otros de origen cultural, como el Circo Social del Sur, trabaja

con niños, niñas y jóvenes en situación de riesgo en la ciudad de Buenos Aires con el objetivo de sacarlos de las calles y otorgarles un lugar donde encontrarse a partir del respeto hacia uno mismo y los demás.

El Culebrón Timbal, ubicado en la localidad de Moreno, también es un movimiento surgido desde lo cultural, como señala Ricardo Ezquivel, uno de sus integrantes: “desde aquí articulamos organizaciones sociales con músicos populares y bandas. Hicimos varios proyectos juntos, les pusimos nombre a una plaza, armamos una feria de economía social para los emprendedores del barrio Cuartel V”. Desde lo personal agrega: “mi deseo es transformar la calidad de vida de mi barrio, trabajar la cultura barrial, el mestizaje cultural”.

También existen grupos de género, como el de mujeres Tejedoras del Bajo Flores, quienes se conformaron a partir de la necesidad de generar una fuente genuina de trabajo y terminaron compartiendo un espacio social con mujeres de nacionalidades diversas que viven en el barrio. “El grupo es heterogéneo, en el primer momento había chilenas, paraguayas, peruanas, bolivianas, era tan diverso y viniendo de diferentes raíces, teníamos incorporados un montón de saberes que eran diferentes, entonces logramos armonizar, usando estrategias que nosotras teníamos incorporadas en Bolivia”, señala Frida, una boliviana integrante del grupo.

Es de esta forma como estos actores sociales son autónomos, constructores de historia y sociedad. El caso de los movimientos cuyo objetivo es la defensa de los derechos humanos, en la Argentina, también han sido transformadores, como el caso de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, que tras el paso de los años han encontrado nuevas modalidades de lucha. Son estos espacios, también, donde lo cultural se manifiesta y se re-significan, espacios de discusión política, cultural e intelectual desde donde muchas veces se resiste.

La hegemonía del mercado y sus tendencias, dicen cómo vestirse, qué consumir, cómo hablar y comunicarse en una sociedad cada vez más mediatizada: internet, celulares y medios de comunicación masiva. La lucha de poder parece haber quedado en lo mediado, donde los sujetos sociales parecen ser sólo observadores de las transformaciones sociales. Sin embargo, esto no es verdad. Cada vez aparecen más grupos que se concentran a partir de un objetivo particular para reclamar desde sus derechos políticos y ciudadanos hasta los culturales.

En “Claves y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades”, Fernando Calderón y Elizabeth Jelin sostienen que: *“los movimientos sociales pueden introducir, sobre la base de relaciones sociales que los recrean, culturas cotidianas de un nuevo orden que modifica la vida de los hombres: hábitos, costumbres, valores, etc.”*

Diversidad cultural, interculturalidad e inclusión social se interrelacionan. Por ello la definición de políticas culturales de Estado ha de estar presidida por la voluntad de derrumbar todas y cada una de las barreras interpuestas a la justicia social; es decir a la constitución de una sociedad más igualitaria y democrática. Este es el imprescindible punto de encuentro entre política y cultura.

Campos de desarrollo de los movimientos sociales:

- poseen una estructura participativa, como consecuencia de su propio objeto y experiencia de organización y lucha. Las formas, los niveles y los tipos de participación en un movimiento definen en gran medida la fortaleza de las metas de éste. Un aspecto central es que el carácter piramidal o restringido de la participación o alternativamente sus formas democráticas y abiertas, no resultan independientes de los contenidos mismos de las luchas de movimientos.
- tienen su propia temporalidad, definida por su acción frente al sistema de relaciones históricas. Los momentos de crisis y conflicto agudo son los que definen su cualidad.
- se desarrollan en forma multilateral y heterogénea en el espacio, en función del desarrollo desigual de la conciencia, la organización y la economía de una localidad o región determinada. Aunque ellos pueden plantearse los, los movimientos sociales no tienen fines predeterminados, los redefinen en el propio conflicto.
- existen efectos sociales específicos de estos movimientos sobre las relaciones sociales y sobre la sociedad, pero no solamente como el producto de la acción del sujeto, sino muy especialmente como producto de un campo de conflicto donde los actores involucrados en la acción se modifican a sí mismos por la interacción recíproca y compartida para obtener un fin, para lograr una meta.

En: Cuadernos para el debate Nº 10. Instituto de Desarrollo Económico y Social. Bs.As, Argentina. 2000